

Un don excesivo

Daniel Morales

Nada se sabía hasta ahora de la suerte que corrió el poeta Cristóbal Lázaro tras su repentina desaparición del Palacio de Uceda de Madrid, en los años que siguieron a la regencia de Mariana de Austria¹. Todo lo contrario ocurre con la primera etapa de su vida. Son de sobra conocidos los pormenores biográficos que lo condujeron a la corte: hijo de zapatero remendón y predestinado a continuar la industria de su padre, vio cambiar su suerte cuando el marqués de Los Vélez, a quien arreglaba las botas, quedó impresionado, según dijo, por sus conocimientos de latín (de los que hoy nos podemos permitir dudar), y lo adoptó a los catorce años como preceptor de sus hijos; gesto poco delicado, habida cuenta que lo superaban en edad. Sin embargo, no duraría mucho en casa del marqués, y no porque este estuviera descontento del joven preceptor sino muy a su pesar. Al duque de Medinaceli, Juan Francisco Tomás de la Cerda, que mantenía una estrecha amistad con el marqués, le fascinaron las cualidades del mozo, y no pudo resistir la tentación de pedirle a su amigo, entendiéndose, de ordenarle, que se lo cediera, arguyendo que en su hacienda sería más provechoso, no ya para su propia persona, del todo insignificante, sino para el conjunto del reino, del que entonces era primer ministro y al que se debía por entero. Tampoco en el palacio del duque duraría mucho. Durante la celebración de una misa a la que el duque tuvo la imprevisión de acudir con su protegido, el influyente cardenal de Portocarrero se maravilló de «la admirable diligencia y beatitud del mancebo», al que, con permiso del duque, tendría el gusto de contratar como secretario personal, en virtud de lo mucho que a su servicio podría hacer el joven por la causa divina. Y, en fin, el siguiente paso lo condujo al Palacio de Uceda como ayuda de cámara de Mariana de Austria, quien se limitó a anunciar, obviando las excusas, que el joven le gustaba y lo quería para sí. Tal es la escala ascendente que llevó a Cristóbal Lázaro, en 1683, a la sorprendente edad de diecisiete años, a ocupar un puesto de privilegio en la corte, donde permaneció como favorito de la reina durante casi un lustro. No faltará quien argumente que tales muestras de favor no se debían tanto a sus virtudes morales o intelectuales

como a su indiscutible atractivo físico. Sin entrar en esta polémica, que podría redundar en deshonra para muchas autoridades de reconocida honorabilidad, admitiremos no obstante que los recientes descubrimientos conceden, no digamos verosimilitud, pero sí carta de ciudadanía en el debate histórico a la maliciosa tesis. En efecto, la aparición, hace escasos meses, de la correspondencia que Lázaro mantuvo con estas y otras señaladas figuras tras abandonar la corte, arroja un poco de luz sobre el misterio de su desaparición, que hasta ahora había derrotado a cuantos historiadores se habían enfrentado a él, al tiempo que suscita nuevas incertidumbres que servirán de alimento a futuras investigaciones.

Para poner en antecedentes al lector poco familiarizado con el anecdotario histórico de nuestra tierra, recordaré que en 1687 Lázaro desapareció de la escena pública, paradójicamente, justo cuando empezaba a adquirir cierta notoriedad en ella, no ya (no solo) como favorito de las insignes personalidades que hemos visto, sino también como poeta. Su afición a los versos le venía de niño; al amparo de tan poderosos protectores pudo ver publicados en ediciones decentes varios de sus poemarios. La influencia de sus mecenas no evitó que los poemas del efebo tuvieran una fría acogida en los círculos literarios de la época. Sin embargo, también en esto tuvo la suerte, que otros llamarán virtud, de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Con ocasión del estreno de una comedia al que asistió con su majestad, tuvo el honor de conocer al laureado dramaturgo Antonio de Zamora, que gozaba de una excelente reputación en Palacio y que pronto se convertiría en poeta oficial de la corte. El joven Lázaro debió de causar una fuerte impresión al célebre poeta, pues este empezó a interesarse por sus poemas, y, no sabemos si con sincera convicción intelectual o dejado llevar de alguna pasión inconfesable, les dispensó los más encomiásticos elogios. El entusiasmo de una opinión tan autorizada arrastró consigo a la crema de la intelectualidad, y con ella a la nobleza semiletrada. Aparecieron lujosas ediciones de una obra, tengamos la humildad de reconocerlo, hasta entonces justamente ignorada. Pronto no hubo tertulia en la que no se recitaran fervorosamente sus poemas; ninguna reunión de la alta sociedad madrileña podía pasarse sin la presencia del joven poeta. Y entonces, inexplicablemente, Lázaro desapareció. Simplemente

¹ Para no alterar el curso natural de la narración, en adelante nos referiremos a ella como la reina o la regente, aun cuando no fuera reina desde la muerte de su esposo, Felipe IV, en 1665, ni ostentara oficialmente la regencia de España desde la mayoría de edad de su hijo Carlos II, en 1677.

se esfumó sin dejar rastro. Hasta el día de hoy nadie ha podido explicar este hecho contradictorio, aunque no han faltado variadísimas hipótesis, algunas perfectamente disparatadas, como esa que aduce un dramático suicidio del poeta, cuya naturaleza retraída se habría visto abrumada por el éxito, o aquella que alega una complicada conjura de escritores envidiosos, que lo habrían secuestrado y, tal vez, asesinado. Ahora, casi cuatro siglos después, el enigma se ha resuelto. Ante las insistentes demandas de los más curiosos entre los hombres doctos de hoy, ofrezco al lector un resumen de lo que podrá encontrar en breve (el libro está en imprenta) en la *Correspondencia inédita de Cristóbal Lázaro en el Monasterio de Santa María de la Estrella (1687-1690)*, donde, además de las cartas que nuestro poeta escribió a las más diversas personalidades, hallará un buen número de documentos y cartas de terceras personas imprescindibles para el esclarecimiento del caso. Y sin más, paso a la exposición de los hechos.

En primer lugar, es preciso llamar la atención sobre una carta conocida de los eruditos en la materia. La remitente es nada menos que Mariana de Austria. Su destinatario, fray Dámaso de Villarroel, prior del Monasterio de Santa María de la Estrella, ubicado en las cercanías del pueblo riojano de San Asensio. El fraile recibió de la regente el encargo de tomar a su cuidado a un joven que «al punto de tomar los hábitos perderá su identidad, pasando en adelante a llamarse como vuestra merced lo designe, y cuyo anonimato confío a su prudencia». La reina consideró oportuno añadir una advertencia acerca del joven, de quien dice que «aunque dócil e incapaz de maldad, es mozo apuesto, de finísimas facciones y mejor porte, y es sabido que de las muchas argucias con que gusta el Demonio seducir a las personas, ninguna como la belleza para subyugar a las almas más puras». En un alarde de franqueza impropio de la condición real del remitente, la carta remata: «Le confiaré aún, y quede esto en secreto de confesión, que separarme de él ha sido una de las decisiones más dolorosas que he tomado en mi vida. No haga que me arrepienta». El tono enigmático de la carta ha suscitado una vasta polémica sobre la identidad del joven aludido, cuyo nombre omite la regente para asegurar su anonimato. Por increíble que parezca, la solución del enigma se ha hecho esperar más de tres siglos. Hoy por fin sabemos que se trata de Cristóbal Lázaro.

Estos son los hechos: Lázaro, que había sido amante de la reina durante cuatro años, no supo oponer resistencia, por pura timidez, a las insinuaciones que le hiciera la bella Mariana de Neoburgo, hija del duque Felipe Guillermo, durante una visita diplomática a Alemania. La reina, al enterarse de esta relación clandestina, sufrió un ataque de celos y confinó a su amante en el Monasterio de Santa María de la Estrella. No hizo falta intimidarlo con amenazas: era dócil

como una oveja e ingresó sumiso en el monasterio. Fray Dámaso, por su parte, comprobó nada más verlo la pertinencia de las advertencias de la regente, que hasta entonces tuviera por extravagancias de la gente del gran mundo. Aun a riesgo de que algún lector severo me acuse de insertar especulaciones en la crónica de los hechos, me atreveré a postular que el bello porte de Lázaro tenía la cualidad de despojar al espíritu más cauto de cualquier vestigio de prudencia. De otro modo no se explica que a fray Dámaso, conminado a rebautizarlo, no se le ocurriera otra cosa que llamarle Adonis. El poeta, de cuya mansedumbre ya se va formando una idea el lector, no solo no opuso ninguna objeción, sino que se prometió interiormente no responder en adelante a ningún otro nombre.

Es de admirar la humildad con que un joven acostumbrado a los lujos y los mimos de la vida cortesana acató las privaciones que impone el hábito de monje, tanto más si tenemos en cuenta la especial disciplina que exige la Orden de San Jerónimo, de la que eran devotos los frailes del monasterio. Su conducta no dio ningún motivo de queja a fray Dámaso. En las cartas que el prior escribió por entonces al abad de Olivares, es notorio el entusiasmo que le inspira «la ejemplar sumisión de fray Adonis, quien ha aceptado el voto de servidumbre sin sombra de resentimiento, se diría que hasta con gusto». Tampoco la clausura pareció afligir a fray Adonis: enseguida se apropió de los argumentos que, según el prior, probaban «la semejanza de celda y Cielo, y que la una conduce al otro, pues en la celda ni se oye ni se ve ni se habla, sino con Dios o con la propia alma; y es gran prueba de la liviandad del alma la de los ojos». No obstante, puede percibirse algo así como un halo de nostalgia en las cartas que Lázaro escribió por entonces, ninguna de las cuales llegó a sus destinatarios, pues fray Dámaso, con un celo que él mismo no acertaba a explicarse, las interceptó. En ellas describe melancólicamente el paisaje circundante, «que debo resignarme a observar en el recuerdo, desde la soledad de mi celda». También soportó sin dramatismo el hábito del silencio, y nunca protestó por la frugalidad de las comidas, por la rigidez de los horarios o por la agotadora disciplina de oraciones y ejercicios de canto.

Sin embargo, pese a su ejemplar conducta, y por más que resulte paradójico, no puede decirse que su presencia en el monasterio fuera un estímulo para los demás monjes, más bien al contrario. El procurador y el vicario del convento, hasta entonces frailes intachables, colgaron el hábito al poco de su llegada. El motivo: habían sentido nacer dentro de sí dudas incompatibles con la rígida fe que exige el hábito de Jerónimo. Aunque nadie emitió ninguna protesta contra fray Adonis (ni su conducta se prestaba a ello), todos comprendían que esas dudas estaban relacionadas con él. El propio prior escribió: «fray Adonis me turba. Su modo de andar, su

mirada acariciadora, toda bondad, despiertan en mi espíritu malsanas evocaciones, y, ¿me atreveré a decirlo?, se ofrecen como un regalo tentador a la carne. ¿Forma parte de la justicia divina el que tan dulce criatura sirva involuntariamente de instrumento al Demonio? ¿Es esta alma cándida una prueba que el Señor impone a nuestra fe? Si es así hemos de estar alerta. ¡Que no nos halle nunca el Demonio ociosos en su presencia! Pero es tan dulce...»

Mucho luchó fray Dámaso por salvar su alma. Ignoramos si lo logró (confiemos en que sí), pero, en cualquier caso, lo que no consiguió salvar fue su carrera eclesiástica. Ocurrió que Carlos II, rey de España e hijo de Mariana de Austria, en quien delegara la regencia durante su minoría de edad, se casó en 1689 con Mariana de Neoburgo. Sí, han oído bien, con Mariana de Neoburgo, la misma cuya lascivia, sumada a los celos de la reina, alejaron a nuestro héroe de la corte. ¡Nefasta coincidencia! Cuando, en el lecho nupcial, el ultrajado marido descubrió que su esposa había sido deshonrada, deshonrándolo con ello a él mismo y a todo el reino, sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies. Se desahogó contándole sus cuitas a su madre, y esta, al oírle narrar unos hechos de tan doloroso recuerdo, se vino abajo. Le confesó quién había sido el amante de su esposa (omitió que también ella había gozado de sus carnes), y le contó dónde se hallaba confinado.

No hará falta que les recuerde las limitadas aptitudes intelectuales del rey, resultado del estrecho parentesco de sus padres, que le valieron el sobrenombre de *El Hechizado*. Más fuera de sí que de costumbre, Carlos II partió hacia San Asensio, dispuesto a cometer una locura si encontraba a Lázaro. La reina madre, por su parte, quedó desamparada. La atormentaba pensar que su hijo pudiera hacer daño a su antiguo amante, a quien no había olvidado. De hecho, al poco de abandonarlo, hacía ya tres años, se arrepintió con toda su alma de haberlo dejado escapar, y escribió reiteradamente al monasterio para solicitar su regreso. Pero fray Dámaso se hallaba gobernado por fuerzas oscuras e hizo caso omiso de las cartas, a las que ni siquiera se dignó responder, jugándose en ello mucho más que su carrera. Más tarde, cuando la reina empezó a escribir directamente a las siglas *Cristóbal L.* (desconocía el nuevo nombre de su antiguo amante), fray Dámaso tuvo la audacia de interceptar las cartas, al igual que hiciera con las que escribió su pupilo, dejando a la reina y al mundo en general en absoluta ignorancia de Lázaro. Mariana de Austria, cuya pasión mantenía una terrible pugna con la prudencia, no terminaba de atreverse a indagar por qué nadie contestaba a sus cartas. Temía que todo se descubriera. No es de extrañar, por tanto, que viera en el viaje de su hijo al monasterio una ocasión propicia para traer de vuelta a su amado sin menoscabo de su honra, pues, pensaba, en caso de que la excursión

levantara mucha polvareda, no se hablaría de su deshonra sino de la de Mariana de Neoburgo, con lo que al mismo tiempo se vengaba de ella. Rogó a Carlos II que llevara al poeta a Madrid sano y salvo, e insistió hasta el hartazgo en este punto: sano y salvo. No debía hacerle ningún daño. Quería ser ella quien vengara «el agravio sufrido por mi querida nuera».

La visita del último Habsburgo de España a San Asensio es un hecho contrastado y aceptado unánimemente por todos los historiadores, no así el relato de los hechos que allí ocurrieron, que hasta ahora ha formado parte de la leyenda negra de Carlos *El Hechizado*. Pese a los indicios que apuntan a su falsedad, pocos historiadores se han atrevido a cuestionar la explicación ofrecida por la casa real, según la cual el viaje fue un mero trámite diplomático. La correspondencia de Cristóbal Lázaro contradice definitivamente esa versión. Las cosas ocurrieron como sigue: Carlos II no hizo público el destino de su viaje para no dar a Lázaro ocasión de huir. Sin embargo, cuando los agricultores que trabajaban en los alrededores vieron a la comitiva avanzar hacia el pueblo, quedaron impresionados por tal abundancia de pompa y corrieron a contárselo a todo el mundo. Antes de que el cortejo llegara a San Asensio, las calles se habían engalanado y las autoridades del pueblo aguardaban al rey para darle una bienvenida acorde a su importancia. Debieron de llevarse una gran decepción cuando vieron a las carrozas bordear el pueblo y desviarse en dirección al monasterio.

Nada más llegar, Carlos II preguntó a fray Dámaso por Cristóbal Lázaro. Por más que le instó a confesar, refiriéndole todo lo que le había contado su madre, fray Dámaso se mostraba terco. El rey estaba seguro de que lo engañaba, pero no tenía modo de probarlo: no habría sabido reconocer a Lázaro aunque se lo hubieran puesto ante los ojos, pues su cortedad de espíritu le impedía prestar mucha atención a cuanto ocurría a su alrededor, y nunca llegó a enterarse de la existencia del poeta mientras este residió en Madrid. Su rostro no le habría resultado más familiar que el del propio prior. Además, aunque sabía que en el monasterio nadie lo conocía por su verdadero nombre, ignoraba sus nuevas señas, y el prior no parecía dispuesto a revelárselas. El monarca perdió el control. Echó a correr por los claustros zarandeando a los monjes. Recurrió al soborno y a las amenazas, pero nada de lo que hacía daba dar resultado: los discípulos de fray Dámaso eran fieles al prior. Este, aprovechando la enajenación del rey, ordenó a un monje que sacara clandestinamente a fray Adonis del monasterio y lo llevara al pueblo. Sabía que el joven era incapaz de mentir, y temía que confesara la verdad en cuanto el rey lo interpellara.

Al cabo de dos horas de infructuosas indagaciones, Carlos II se resignó. Abandonó el monasterio con gran

estruendo, escupiendo toda clase de blasfemias. En cuanto lo vio alejarse, fray Dámaso corrió a reunirse con su pupilo, que se había refugiado en la iglesia de la Ascensión.

Mientras el séquito del rey preparaba los aparejos para regresar a Madrid, salieron a su encuentro el alcalde, el magistrado y otras personalidades del pueblo. Porfiaron tanto y con tal profusión de ingenio, que lograron quebrar el ánimo del rey, ya maltrecho de antemano. Carlos II condescendió a asistir a una misa improvisada en su honor.

Ni que decir tiene que el lugar elegido para la misa fue la iglesia de la Asunción. Así lo quiso el irónico duendecillo que parecía regir el destino de nuestro héroe. Cuando el destartado cortejo irrumpió en la iglesia, encontraron a fray Dámaso y a fray Adonis arrodillados ante el altar, rezando un Padrenuestro. El malicioso duendecillo no quiso renunciar a sus derechos sobre Lázaro, y, no se sabe si queriendo favorecerlo o perjudicarlo, determinó que Carlos II, al verlo, quedara deslumbrado por su belleza. El juicio del hombre es un pozo sin fondo: por muy nublado que esté, siempre puede oscurecerse aún más. Pese a la justa indignación del párroco, el rey no consintió que nadie sino fray Adonis oficiara la misa. En su delirio, tuvo incluso la ocurrencia de pedir que lo confesaran, para poder tomar la comunión de manos de aquel «regalo del Cielo», como se atrevió a llamarlo. Así se hizo. fray Adonis recibió unas rápidas instrucciones del párroco y dio un sermón que no pasará a los anales de la Iglesia. Al término del discurso, Carlos II, que apenas había podido aguardar sentado, tiritando de impaciencia y atacado de un extraño tic en el ojo izquierdo, se abalanzó sobre el púlpito para recibir la comunión. Contempló embelesado los delicados ademanes del fraile mientras vertía el vino en el cáliz; vio que extendía la mano con el pan consagrado hacia su boca y, cuando la tuvo a su alcance, la prendió violentamente y la cubrió de besos. fray Adonis, no sabiendo muy bien qué lugar ocupaba aquello en la liturgia, buscó a fray Dámaso con la mirada, solicitando consejo. Pero este, como el resto de los asistentes, se había ruborizado hasta las pestañas y ni siquiera se atrevía a mirar la escena. Abrazado indecorosamente al brazo de fray Adonis, el rey le besaba el dorso la mano, derramando lágrimas de gozo y jurando que no lo abandonaría nunca. Finalmente, le pidió que lo acompañara a Madrid, prometiéndole un obispado si aceptaba ser su confesor. Antes de que el joven tuviera tiempo de responder, intervino fray Dámaso. Replicó que fray Adonis cumplía penitencia en el monasterio y que no le estaba permitido abandonarlo, ni siquiera en favor «de tan ilustre como magnánima autoridad». Consciente de lo que se jugaba, el prior embadurnó su discurso de adulaciones y exageró el tono de servidumbre. Logró que no se llevaran a fray

Adonis, pero a las pocas semanas fue cesado de su cargo y tuvo que enfrentarse a terribles acusaciones cuyas consecuencias no nos toca referir aquí.

Se sabe que Carlos II hizo el viaje de vuelta a Madrid más hechizado que nunca. Olvidado por completo de lo que había ido a hacer a San Asensio, mascullaba improperios contra fray Dámaso. «Lo quiere solo para sí, el muy ladino, pero no lo consentiré...» Mezclaba en la retahíla frases ininteligibles: «ternera, cofia, Antístenes», para retomar después los insultos: «sucio, impío, ¡no lo consentiré!» En un arrebato de furia, cerca ya de Madrid, llegó a ordenar que lo dejaran bajarse de la carroza y siguieran sin él: iría solo al monasterio a por fray Adonis. Pero, felizmente, la fiebre le hizo tomar un rebaño de ovejas por toros bravos, y el miedo lo disuadió.

La anécdota fue durante mucho tiempo motivo de controversia en San Asensio, y debió de dejar una huella profunda en el espíritu impresionable de nuestro fraile y poeta, porque en este punto volvemos a perderle la pista. Aquí se interrumpe la correspondencia que mantuvo desde el Monasterio de Santa María de la Estrella consigo mismo, o, mejor, con nosotros, que a la postre tenemos el honor de ser sus únicos confidentes. El legado es precioso y nos impone la obligación moral de esclarecer el enigma de su singular aventura. ¿Qué fue de él? ¿Regresó a la corte con Mariana de Austria, que lo aguardaba ansiosamente? ¿Se vio obligado a aceptar la invitación de Carlos II? ¿Siguió en el monasterio hasta el fin de sus días? A falta de pruebas, ninguna de estas hipótesis resulta convincente. ¿Cómo podría, en cualquiera de los tres casos, haber pasado desapercibida su excepcional figura? Aun sabiendo lo prematura que ha de resultar cualquier conclusión, arriesgaré una, sin más fundamento que la intuición, como quien lanza un dardo a la diana con los ojos cerrados. Animo a los investigadores a que trabajen para desmentirla o corroborarla.

Cristóbal Lázaro, ya para siempre fray Adonis, apprehendió junto a fray Dámaso el amor y el temor de Dios a la luz de los preceptos de la Orden de San Jerónimo, y decidió seguir el ejemplo de aquellos monjes ermitaños, fundadores de la Orden en nuestro país, que vinieron desde Italia, refugiándose en cuevas, despoblados y desiertos, inducidos por la profecía que anunciaba el advenimiento del Cielo sobre España². Habiendo experimentado en sus propias carnes que la belleza es un don excesivo para el ser humano, tan deslumbrante que lo ciega a las restantes maravillas del mundo, huyó a algún paraje remoto, recogido en el amor de Dios y exiliado del de los hombres, del que estas páginas son un exiguo testimonio.

² Véanse los capítulos II y III del libro primero de la admirable *Historia de la Orden de San Jerónimo* del padre Sigüenza.